

# LA IDENTIDAD PERSONAL EN GABRIEL MARCEL Y SU PROYECCIÓN SOCIOLÓGICA

BELÉN BLESA ALEDO  
Universidad Católica de San Antonio

RESUMEN: En este artículo se aborda la pregunta por la identidad personal como piedra angular de la metafísica de Marcel y se lleva a cabo una proyección de la cuestión hacia circunstancias actuales de la sociedad de consumo que sitúan el tema en un lugar central como se puede apreciar en autores actuales como R. Safranski, Z. Bauman o G. Lipovetsky. La metafísica del autor centra su atención sobre el ser concreto del individuo que se interroga a sí mismo en el afán de explorar su sentido y el del mundo que le rodea. Los tres pilares sobre los que Marcel centra la creación de la identidad son el cuerpo, que nos remite a la dimensión temporal y carnal de la vida, la intersubjetividad, en la que el hombre halla el sentido de quién es, y la trascendencia que dota de esperanza al límite temporal que supone la existencia, arraigada al cuerpo, y hace posible la incondicionalidad del amor.

PALABRAS CLAVE: identidad personal, creación, cuerpo propio, intersubjetividad.

## *The Personal Identity in Gabriel Marcel and his Sociological Projection*

ABSTRACT: In this article we confront the issue of the personal identity as cornerstone in Marcel metaphysics. We make a projection of this recurrent issue in Marcel philosophy adapting the concept to current circumstances affecting our consumption society, following authors like R. Safranski, Z. Bauman or G. Lipovetsky. The metaphysics of Marcel focuses on the being that questions himself in a quest to find meaning for him and the world surrounding him. The three pillars on which Marcel settled the creation of the identity in humans are the body, that represents the chronological and carnal dimension of life; the inter-subjectivity, in which the being finds the sense for his life; and transcendence, that provides hope beyond time and makes possible unconditional love.

KEY WORDS: personal identity, creation, own body, intersubjectivity.

### LA ACTUALIDAD DE LA CUESTIÓN

La elevada intolerancia actual frente a la frustración que se podría traducir en una de las tesis que desarrolla Lipovetsky en *Los tiempos hipermodernos*, a saber, que la verdadera amenaza para el hombre actual es la incapacidad para soportar las desgracias de la existencia, parece dar cierta razón a Gabriel Marcel cuando apuntaba a una crisis de nivel metafísico<sup>1</sup> que no podría solventarse solamente a base de reformas institucionales. En efecto, ni las reformas de las instituciones más capacitadas, ni el Estado democrático en su conjunto, con su política actual de libertades a la carta, ha conseguido paliar la incertidumbre y la lucha que plantea a cada hombre el reto de ser él mismo, antes bien ha incrementado su agonía convirtiendo la construcción de la identidad en un arte de la vida que el individuo es responsable de aprender por sí mismo<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Cfr. MARCEL, G., *Los hombres contra lo humano*, Caparrós editores, Madrid, 2001, p. 41.

<sup>2</sup> BAUMAN, Z., *El arte de la vida*, Paidós, Barcelona, 2008.

Quizás haya sido una deducción equivocada de la sociedad del bienestar el considerar que se suprimiría cualquier atisbo de tensión en el hombre, y más si tenemos en cuenta una tesis muy afinada de J. K. Galbraith que señala que el mismo sistema que satisface las necesidades es el que a la vez impide el cese de las mismas<sup>3</sup>. De hecho, el momento actual se caracteriza por el desmoronamiento de la creencia en que la sociedad democrática, con sus connotaciones de «autónoma y del bienestar» supondría la liberación absoluta del individuo. Gran parte de las controversias que se ponen de manifiesto en los titulares del presente responden a la confrontación de esta creencia con la realidad. La vida es por su propia naturaleza problemática, y el hombre, aunque pueda asegurar sus propiedades e incluso, simbólicamente, su propia vida desde un punto de vista económico, tiene que seguir buscándose la vida en otro sentido, que es el del sentido mismo.

Para Marcel resultaba precisa una vuelta hacia el interior, hacia ese yo concreto e íntimo que no se puede confundir retrospectivamente con el *cogito* cartesiano, el yo husserliano de la intuición pura, y mucho menos aún con el sujeto «objeto» de la ciencia, ni tampoco con el modelo actual del actor de la vida sumido en la deliberación de sus elecciones a la carta.

Marcel nos remite al yo personal con base corpórea en el que se tejen las decisiones y las relaciones que construyen la trayectoria biográfica de cada persona, haciendo con ello una revisión muy particular del problema del ser.

El polifacético autor dio con un filón central en el dominio de la filosofía, a saber, que el tradicional planteamiento del ser no podía ser abordado sin tener en cuenta el ser concreto del que se pregunta y esto sin caer en posturas antropocéntricas que él combatió con ahínco.

Sin intención alguna de menospreciar las reformas y los cambios institucionales que pueden tener lugar en la sociedad, Marcel pareció inclinarse por descubrir la esperanza en un mundo mejor en la mirada al hombre concreto que es el que impregna también su espíritu en las instituciones. Frente a la pregunta *¿qué puedo hacer yo para ser feliz y para mejorar la situación actual de la sociedad?*, Marcel nos aporta una respuesta sencilla tomada de su amigo Gustave Thibon, pero que aparece ampliamente desarrollada desde la argumentación filosófica en su obra:

«Te sientes aprisionado. Sueñas con la evasión. Pero ten cuidado con los espejismos. Para evadirte, no corras, no huyas. Cava más bien este lugar estrecho que se te ha dado; encontrarás allí a Dios y todo. Dios no flota en tu horizonte, duerme en tu espesor. La vanidad corre, el amor ahonda. Si huyes fuera de ti mismo, tu prisión correrá contigo y se estrechará con el viento de tu carrera: si te hundes en ti mismo, se ensanchará el paraíso»<sup>4</sup>.

<sup>3</sup> GALBRAITH, J. K., «El mito de la soberanía del consumidor», en *La sociedad opulenta*, Ariel, Barcelona, 1974.

<sup>4</sup> MARCEL, G., *Homo Viator. Prolegómenos para una metafísica de la esperanza*, Nova, Barcelona, 1954, p. 31. También Rilke dice: «sólo hay un camino; entra en ti mismo». Extraído de COMTE-SPONVILLE, A., *Sobre el cuerpo*, Paidós, Barcelona, 2010, pp. 92-93.

Las reflexiones de analistas sociales actuales como Gilles Lipovetsky, Zygmunt Bauman, Ulrich Beck o Rüdinger Safranski, respecto a la sociedad que ha hecho realidad la aspiración moderna de la autonomía del individuo, pero en la forma paradójica del individualismo actual, son absolutamente colindantes con las reflexiones metafísicas que Marcel formula sobre la identidad personal, y aunque la forma en la que se enfundan las preguntas o los planteamientos sea netamente distinta, pues damos el salto de una obra abiertamente metafísica a una investigación a caballo entre la reflexión filosófica, el análisis social y la investigación psicológica, algunas de las inquietudes que se descubren en el hombre actual guardan cierto parentesco con las que declarara en su momento Marcel.

Esta referencia a los análisis sociológicos actuales se hace imprescindible a la hora de abordar un tema de tanta envergadura como es la identidad personal. Los sociólogos son los científicos que en el presente están haciendo frente desde sus propuestas teóricas y sus nuevos conceptos a una comprensión y explicación racional y razonable sobre las más apremiantes inquietudes del individuo y sus comportamientos. Consideramos que la atmósfera social en la que respira el individuo, caracterizada por un cambio social sin precedentes<sup>5</sup>, se convierte en un elemento de análisis imprescindible para ir despejando una cuestión apremiante como es la pregunta por *quién soy*.

Por otro lado, la conexión que se establecerá entre un metafísico como Gabriel Marcel y las ideas de algunos sociólogos no hace más que confirmar la necesidad en la que los primeros teóricos de la Sociología se vieron de dilucidar las preguntas filosóficas desde un análisis de tipo empírico<sup>6</sup>.

#### LA METAFÍSICA EN MARCEL

Para el filósofo francés el discurso metafísico cumple una función importante que no puede reemplazarse fácilmente. Su obra constituye una apología de la metafísica que trató de fundamentar desde una nueva propuesta articulada en torno al concepto de *misterio del ser*.

La metafísica engloba para Marcel todas esas cuestiones sin las que la vida, como ya dijera Platón, no resulta vividera para el hombre<sup>7</sup>. Para Marcel hay una actitud metafísica en todo hombre que parte de su necesidad de orientación radical que él denomina *exigencia ontológica*. La insistencia en la actitud metafísica común a todo hombre es posiblemente uno de los argumentos a los que se agarra más ardientemente Marcel para combatir una postura academicista,

<sup>5</sup> Las dimensiones del cambio se advierten de manera concreta en cómo éstos tienen lugar a un nivel intrageneracional. FERNÁNDEZ-ENGUITA, M., *La escuela a examen*, Pirámide, Madrid, 2009, p. 237.

<sup>6</sup> GIDDENS, A., *Sociología*, Alianza Editorial, Madrid, 2007, p. 31.

<sup>7</sup> Cfr. MARIAS, J., «Una generación filosófica», en *Dos centenarios filosóficos: Martin Heidegger-Gabriel Marcel*, Universidad Complutense de Madrid, cursos de verano, El Escorial 1989, p. 11.

espectacular y sistemática<sup>8</sup> de la filosofía de la que renegó abiertamente y en la que fundó parte de su crítica al idealismo, a la par que trató de dismantelar el prejuicio fundamental de los filósofos contemporáneos, a saber, su complejo de inferioridad respecto a los científicos por no llevar un ritmo de progreso similar al de éstos y por no producir resultados.

Esta dimensión constitutiva fue tenida en cuenta por distintos filósofos contemporáneos de Marcel, entre los que podríamos destacar a Heidegger o a Wittgenstein. Ahora bien, mientras que este último, por ejemplo, no ve posibilidades en la metafísica como conocimiento o como discurso<sup>9</sup>, Marcel sí trata de formular una propuesta metafísica dentro de los confines del pensamiento reflexivo y racional<sup>10</sup>.

#### LA EXISTENCIA COMO PUNTO DE PARTIDA EN METAFÍSICA

Hemos de tener en cuenta en primer lugar que la pregunta por el ser, como tal, no aparece como inquietud filosófica primera para Marcel. La cuestión que desde el inicio va a marcar su trayectoria filosófica será la distinción entre existencia y objetividad que figura en sus primeros escritos. Esta distinción está a la base de su ruptura con el idealismo. Marcel deja claro que la metafísica no tiene que ver con el dominio de la objetividad, sino de la existencia.

Para Marcel el punto de partida de la metafísica no posee un carácter lógico-racional, sino existencial:

«Al principio de la investigación habrá que colocar un indubitable, no lógico o racional, sino existencial; si la existencia no está en el origen, no estará en ninguna parte; creo que no hay paso a la existencia que no sea escamoteo o trampa»<sup>11</sup>.

<sup>8</sup> Véase PRINI, P., *Gabriel Marcel y la metodología de lo inverificable*, Luis Miracle, Introducción, Barcelona, 1963. Esta idea de la metafísica también ha sido recogida por Joseph Konickal en su tesis doctoral titulada *Being and my Being. Gabriel Marcel's Metaphysics of Incarnation*, Pontificiae Univesitatis Gregorianae, Frankfurt, 1992. Precisamente ésta constituye una de las ideas directrices de su trabajo.

<sup>9</sup> Estos límites que puso Wittgenstein en su *Tractatus*, esto es, que todas las cuestiones a resolver son de corte científico, dicho en terminología marceliana, problemas, parece que tenían la intención de evitar cualquier tipo de abuso en el lenguaje ético, religioso o metafísico, aunque la interpretación más generalizada que se ha hecho de su aportación haya sido la de «quitarse de en medio» todas esas cuestiones que están referidas al sentido de la vida. Cfr. JAREÑO ALARCÓN, J., «¿Qué aspecto tendría la sociedad ideal?», *Humanidades para un siglo incierto*, Fundación Universitaria San Antonio, Murcia, 2003, pp. 278-279.

<sup>10</sup> MARCEL, G., *Ser y Tener*, Caparrós, Madrid, 1996, p. 198: «Creo que en la situación trágica en la que el mundo se debate hoy día, más que el arte o la poesía, es una metafísica concreta y como ajustada a lo más íntimo de la experiencia personal lo que puede desempeñar para muchas almas un papel decisivo».

<sup>11</sup> MARCEL, G., *Filosofía Concreta*, Revista de Occidente, Madrid, 1959, p. 26. Pietro Prini señala que los pensadores existencialistas, entre los que se incluye Marcel, llevan a cabo una revolución metodológica al marcar la diferencia entre «certezas poseídas», que son propias de un pensamiento objetivo, y «certeza existencial». Cfr. *Gabriel Marcel y la metodología de lo inverificable*, p. 156.

El yo existo significa principalmente «que tengo de qué hacerme conocer y reconocer por mí mismo y por los otros, es decir, significa que hay mi cuerpo»<sup>12</sup>.

En Marcel la conciencia exclamativa de existir tiene lugar en la experiencia de la sensación que en la tradición filosófica generalmente ha jugado un papel engañoso. Por ella concibo mi cuerpo en el mundo y el mundo en mi cuerpo.

Es la experiencia del cuerpo sentido lo que le hace aparecer como mío y lo que le distingue de otros cuerpos, por tanto, es el punto de partida para tomar conciencia de quién soy, de ahí que Marcel insista en la intimidad que tiene lugar entre yo y mi cuerpo<sup>13</sup>, éste es también la posibilidad de apertura a los otros<sup>14</sup> y es el jalón que marca la nueva ruta hacia la cuestión del ser.

La sensación se presenta para Marcel como una posibilidad del conocimiento inmediato cuyo dato sería nuestro ser en el mundo que es anterior a la representación cotidiana y a la científica<sup>15</sup>. Sentir es una experiencia activa, exclamativa, de apertura y de intimidad, que me pone en relación con mi cuerpo y con el mundo, es la experiencia más pura del recibir, de lo que Marcel con cierto énfasis denominó el *chez soi*. La exploración de la sensación nos revela que el cuerpo es la experiencia de lo concreto, es el modo de saborear el mundo y de ser uno mismo. Lógicamente esto es una evidencia, pero una evidencia que históricamente no siempre ha podido ser considerada, y que el *zeitgeist*, pero también el propio autor hacen emerger cuestionando la base sobre la que se había tratado de fundamentar la subjetividad, a saber, la idea. Filosóficamente hablando, sólo poniendo en cuestión el idealismo y el materialismo, era posible hacer aflorar la consideración del ser corporal como centro de la subjetividad y de la relación con el mundo, o dicho en palabras de Marcel como dato central de la metafísica. El cuerpo, está entre dos mundos, se mueve en unos contornos difusos que nos resultan difíciles de aprehender. No es idea, ni es materia, es carne, sentida y con la capacidad de sentir. Por ello, nosotros somos seres encarnados.

El estudio de la sensación juega un papel preponderante en el conjunto del pensamiento de Marcel conteniendo las claves argumentales de su filosofía de la existencia.

---

<sup>12</sup> *Op. cit.*, p. 27.

<sup>13</sup> Esa relación de intimidad que niega la posibilidad de reducir al cuerpo a un instrumento que poseo fue denominada por Marcel, en el *Journal Métaphysique*, mediación simpática.

<sup>14</sup> La reflexión sobre el cuerpo, en efecto, constituye uno de los puntos más originales de la filosofía de Gabriel Marcel. Es, además, un aspecto que marca la ruptura con una línea de pensamiento francés donde el yo es egocéntrico y la realidad gira en torno a él. La reflexión marceliana sobre el cuerpo da una base más amplia a la realidad humana y nos abre a nosotros mismos, a los otros y al ser, siendo la del cuerpo entonces una experiencia física y metafísica. Cfr. STRAUSS, E. W. - MACHADO, M. A., «Gabriel Marcel's notion of incarnate being», en *The Philosophy of Gabriel Marcel*, Southern Illinois University, 1984, «Carbondale the library of living philosophers», vol. XVII.

<sup>15</sup> Cfr. PARAIN-VIAL, J., «La connaissance immédiate dans la Philosophie de Gabriel Marcel», en *Dos centenarios filosóficos: Martin Heidegger-Gabriel Marcel*, cursos de verano, Universidad Complutense de Madrid, El Escorial, 1989, pp. 61 y ss.

Para Marcel el procedimiento a seguir no se basa en construir a partir de un *yo existo* aislado del resto del mundo<sup>16</sup>, sino en lo que él denomina inspirándose en Bergson un ejercicio de perforación o de profundización de mi experiencia de existir<sup>17</sup>.

#### LOS PILARES DE LA METAFÍSICA

Dos son los ejes sobre los que gira la metafísica según Gabriel Marcel: *la inquietud* y *la esperanza*. La inquietud<sup>18</sup> quedaría bien ilustrada con la metáfora del arquero de Aristóteles en su *Ética a Nicómaco*, no sólo por apuntar hacia el blanco de la felicidad, sino también por la propia postura del arquero. La inquietud nos habla de una tensión interna que se origina ante aquellas realidades que no admiten una respuesta objetiva o que no dan lugar a juicios de certeza. En este sentido para Marcel la existencia humana es inquieta y por esto mismo es metafísica.

La inquietud, dice, es tanto más metafísica cuando va referida a aquello que no se puede separar de mí mismo sin que ese yo muera, de donde concluye Marcel que no hay otro problema metafísico que *qué soy*, pues a éste vienen a parar todos los demás. La inquietud nos refiere propiamente a la precariedad y necesidades humanas de orden interior, de manera que al escrutarla podemos obtener datos relevantes sobre nuestras motivaciones más íntimas. La aportación de Marcel en este terreno consiste en destacar el carácter positivo que corresponde a la inquietud, de ella dice que afirma y renueva la vida superior del espíritu<sup>19</sup>, y en descubrir el sentido de la insuficiencia humana posicionándose en una visión esperanzadora. Por esto mismo la suya es una metafísica de la esperanza. La esperanza es uno de los temas centrales del autor, podríamos decir que es la clave hermenéutica de Marcel, su apuesta por el ser humano. Es la actitud desde la que aborda la cuestión del sentido y la perspectiva que ofrece ante los infortunios, porque la esperanza consiste en un salto desde el que se concede crédito a la realidad. La reflexión marceliana sobre la esperanza es su aportación más profunda respecto al problema de la temporalidad. La esperanza es el puente ontológico entre la realidad inminente de la muerte que es la experiencia más radical del tiempo, siempre teniendo en cuenta la muerte del otro,

<sup>16</sup> «El “yo” del “yo existo” no es un ego aislado del mundo, sino un yo en el mundo, un yo cuya encarnación no está completa dentro de sus propios límites, sino por el estar-junto con todo el mundo; así la afirmación “yo existo”, dice Marcel, tiende a fundirse con una afirmación como “el universo existe”». GALLAGHER, K., «La filosofía de Gabriel Marcel», en *Razón y Fe*, Madrid, 1968, p. 51.

<sup>17</sup> «De él tomó un término —*explorer*—, y la idea de *ahondamiento* que el término comporta». BLÁZQUEZ, F., *La filosofía de Gabriel Marcel*, Ediciones Encuentro, Madrid, 1989, p. 90. (Las cursivas son del autor.)

<sup>18</sup> Marcel establece una distinción entre curiosidad e inquietud. Sobre esta distinción *Présence et Immortalité*, Flammarion, París, 1959, pp. 21 y ss.

<sup>19</sup> MARCEL, G., *La Dignité Humaine*, Aubier-Montaigne, París, 1964, p. 30.

y la experiencia del amor que viene acompañada de un ademán de eternidad. Es el acontecimiento que puede dar perspectiva a la paradoja entre la muerte y el amor<sup>20</sup>.

Para Marcel la esperanza es una manera de mirar el mundo que resulta posible por la referencia a un fundamento último e incondicional que dota de un trasfondo de seguridad a cualquiera de nuestras experiencias. Ese fundamento último adquiere en Marcel la forma de un Tú Absoluto. De ahí que la esperanza esté íntimamente unida a la fe. Es importante destacar que Marcel establece una neta diferencia entre el optimismo y la esperanza, distinción que ha sido remarcada recientemente por Zygmunt Bauman. El optimismo está ligado a un diagnóstico de la situación y un balance de posibilidades de que algo salga bien. La esperanza consiste en una actitud de confianza en algo que supera el balance positivo o negativo que se puede hacer racionalmente acerca de una situación.

#### EL NUEVO SENTIDO DEL SER

Ya hemos insistido en que la pregunta por el ser no coincide exactamente con el comienzo filosófico de Marcel, sino que hay que esperar al momento en el que él llega a preguntarse seriamente acerca de *qué es lo queremos decir cuando hablamos del ser*. Esta pregunta no fue primera porque el término *ser* estaba asociado a principios del siglo xx a la Escolástica y al Idealismo.

El trampolín hacia la cuestión del ser y la perspectiva desde la que lo aborda el filósofo es la existencia. La relación entre existencia y ser ha sido uno de los temas más controvertidos y discutidos por los investigadores acerca del filósofo. El propio Marcel reconoció la ambigüedad de la que se rodeaba en cierto sentido esta relación, entre otras cosas porque los conceptos de ser y de existencia no fueron objeto de una definición cerrada por su parte.

Podríamos señalar que la existencia se puede caracterizar tanto por una aproximación al ser, como por un distanciamiento del ser que viene señalado por la libertad. La existencia se aproxima al ser en tanto que no se reduce a mera existencia biológica, sino que tiene capacidad de trascendencia o cuenta con una dimensión espiritual. Por el contrario, la existencia se aleja del ser en tanto que resulta cosificada, reducida a explicaciones parciales o vivida en esos términos.

<sup>20</sup> Simone Plourde analiza tres perspectivas filosóficas que destaca Marcel ante la muerte del ser querido: la de la desesperación, aquella otra en la que hay cierta esperanza por un recuerdo vivo y en la que hay un deseo de comunicarse con el ser ausente. En esta segunda cabría incluir las experiencias metapsíquicas que estuvieron en voga en Francia al comienzo del siglo xx y en las que el propio Marcel participó entre 1916 y 1917, y que abandonó poco después. Y, en tercer lugar, la de la aceptación del misterio de la muerte que constituye un auténtico desafío a la ausencia. En realidad sería una afirmación de la presencia del otro más allá de la muerte y una actitud de verdadera esperanza. Cfr. PLOURDE, S., *Gabriel Marcel. Philosophie et témoin de l'espérance*, Les Presses de l'Université du Québec, 1975. Sobre las experiencias metapsíquicas puede verse POIRIER, R., «Témoignage», en *Gabriel Marcel*, Les Colloques de la Bibliothèque Nationale, París, 1989, pp. 38-39.

La cuestión del ser aparece perfectamente centrada en la filosofía de Marcel al establecer la distinción entre problema y misterio que se encuentra en tres obras fundamentalmente: *Ser y Tener*, *Aproximación al misterio del ser* y *El misterio del ser*.

Para empezar a desmenuzar el tema del ser vamos a seguir tres puntos fundamentales.

El primero conduce a una distinción de niveles ontológicos: problema y misterio, distinción que le permite establecer una demarcación entre ciencia y filosofía. Mientras que la ciencia y la técnica abordan la realidad o los distintos componentes de ésta como objetos, es decir, como algo exterior y ajeno al sujeto que los estudia, en la metafísica al plantearse la pregunta por el ser, el metafísico queda implicado, en tanto que es, en la pregunta misma, porque la pregunta por el ser me remite a mi propio ser. De aquí emana el concepto de participación que es uno de los más relevantes en Marcel, es decir, yo, en tanto que soy, participo en el misterio del ser, de hecho, la definición misma de misterio apunta a esa participación ontológica:

«El problema es algo que se encuentra, que obstaculiza el camino. Se halla enteramente ante mí. Al contrario, el misterio es algo en lo que me encuentro comprometido, cuya esencia consiste, por consiguiente, en no estar enteramente ante mí. Es como si en esta zona la distinción entre lo en mí y lo ante mí perdiera su significación»<sup>21</sup>.

Uno de los puntos más cuestionables en la obra del autor se sitúa precisamente en el desliz dualista que se desprende de su distinción entre problema y misterio, aunque el filósofo intente de manera reiterada justificarlo. Pero esta distinción suponía una separación rígida entre la zona del problema y la del misterio, entre la ciencia y la filosofía. Se puede considerar que problemas como el del origen de la materia, de la vida, de la mente humana podrían ser tremendamente ilustrativos de esa posible conexión entre problema y misterio y aunque las metodologías que se sigan desde la ciencia y desde la filosofía sean distintas, pueden resultar complementarias. En la actualidad, acostumbrados ya a un enfoque interdisciplinar de los diferentes problemas, la distinción de Marcel nos resulta inapropiada.

Con la intención, no de justificar a Marcel, pero sí de empatizar con su planteamiento, posiblemente fue el furor positivista y antimetafísico de la primera mitad del siglo xx el que le hizo apostar por una actitud tan contundente.

En segundo lugar, hay un inciso metodológico. La metafísica se sirve de la reflexión segunda o recuperadora que parte del dato existencial, a diferencia de la ciencia que lo hace desde una reflexión primera. Marcel señala que nos vamos a *aproximar* al misterio del ser porque «el ser es aquello que se resiste a un análisis exhaustivo sobre los datos de la experiencia que trata de reducirlos progresivamente a elementos cada vez más desprovistos de valor intrínseco o sig-

<sup>21</sup> MARCEL, G., *Ser y tener*, Caparrós editores, Madrid, 1996, p. 101.

nificativo»<sup>22</sup>. Su metodología de estudio será por aproximaciones concretas, en espiral o perforando la experiencia. El método filosófico concreto que propone es la Reflexión Segunda o Recuperadora.

Y en tercer lugar, Marcel introduce dos conceptos que permiten acceder a la entraña misma del ser. Estos conceptos son los de *participación* y *presencia*.

La participación deja entrever claramente la intención de Marcel y es que la cuestión del ser toca de lleno al hombre concreto, a mí mismo, de manera que el problema del ser sólo puede abordarse legítimamente desde la mirada al yo concreto, lo que no supone para el autor una caída en el subjetivismo, sino que cuanto más avanzamos hacia lo personal, más cerca estamos de lo universal, según declara. El concepto de participación permite a Marcel solventar la aparente aporía que plantea el problema del ser. El desconcierto ante la pregunta metafísica se produce cuando la intentamos situar frente a nosotros, es decir, cuando tratamos de abordarla como un problema, como algo externo. Sin embargo, la *participación* marca la superación de un problema y, por tanto, la existencia del misterio. Para Marcel la pregunta metafísica es una llamada interior<sup>23</sup>.

Mi reconocimiento como ser participante tiene lugar, en primer lugar, a través de la sensación. La experiencia de la participación nos remite, más que al ser, al somos, por ello hay que decir con propiedad que es una co-participación. Esto supone, de una parte, una ruptura con los planteamientos de la metafísica clásica centrada en una reflexión sobre el ser en general, y por otra, una prueba de que la cuestión de la subjetividad que es el asunto crucial en la metafísica contemporánea no se puede abordar ni es desligable de la cuestión del cuerpo y de la *intersubjetividad*, el «yo soy» en su plenitud de sentido es verdaderamente un «nosotros somos», de ahí que Marcel llegue a afirmar que la metafísica hacia la que nos encaminamos no es tanto del *ser* como del *somos*, y en esto se presenta como claramente opuesta a la metafísica basada en el *cogito* y en el *yo trascendental*.

En cuanto a la *presencia*, es un concepto que lleva implícita la distinción ser-objeto. El ser es, propiamente, lo que nos es más presente. Cuando Marcel alude a la presencia no entiende por ésta la exclusivamente espacio-temporal, esto es, una presencia puramente física. La presencia, entendida al modo marceliano,

---

<sup>22</sup> MARCEL, G., *Aproximación al misterio del ser. Posición y aproximaciones concretas al misterio ontológico*, Ediciones Encuentro, Madrid, 1987, p. 30.

<sup>23</sup> «Cuando reflexiono sobre lo que implica la pregunta *¿qué soy yo?*, planteada globalmente, me doy cuenta de que significa: ¿estoy cualificado para resolver la pregunta misma?, y consiguientemente: toda respuesta (a esta pregunta)  *viniendo de mí* debe ser puesta en duda. ¿Pero no me podrá otro proporcionar la respuesta? Inmediatamente surge una objeción: la cualificación que este otro puede tener para responderme, la validez eventual de su decir, soy yo quien la discierne: mas, ¿qué cualificación tengo yo para operar este discernimiento? No puedo, pues, referirme sin contradicción más que a un juicio absoluto, pero que al mismo tiempo me sería más interior que el mío propio; en efecto, por poco que trate a este juicio como *exterior* a mí, la cuestión de saber lo que vale y cómo apreciarlo se presenta inevitablemente de nuevo. Por ello la pregunta se suprime como tal, y se convierte en llamada (...)». MARCEL, G., *Ser y Tener*, Caparrós editores, Madrid, 1996, p. 124. (Las cursivas son del autor.)

es propiamente el encuentro y el reconocimiento personal entre el yo y el tú, es la característica del nosotros, el sernos mutuamente presentes, es decir, sin presencia no hay nosotros. Es una manera de saltar por encima de las etiquetas en las que nos encajamos cada uno, de saltar diferencias sociales, políticas, de opinión y de sobrepasar barreras circunstanciales para que dos o más personas se miren de tú a tú.

#### LA IDENTIDAD PERSONAL

Gabriel Marcel centra su reflexión metafísica en el hecho de que la pregunta acerca de lo «que es» —pregunta que marca la trayectoria de la metafísica occidental—, no la puedo practicar sin que mi ser se vea afectado por ella. De manera que la gran pregunta que sintetiza las cuestiones de la metafísica, la pregunta por el ser, no puede darse con independencia de la pregunta por *quién soy*<sup>24</sup>. A lo que busca este preguntar por quién soy Marcel le llama *identidad personal*. La circularidad entre la pregunta por el ser y por mi ser indica en Marcel que la posible respuesta a la pregunta por quién soy no puede caminar al margen de la búsqueda de un Fundamento.

La cuestión fundamental de la metafísica acerca de qué es el ser y quién soy yo, es una pregunta siempre actual porque recoge la inquietud básicamente adaptativa y con un firme sentido biográfico que el hombre experimenta ante sí mismo y ante el mundo en su relación con él y que en la sociedad actual se enmarca en unos parámetros consumistas.

La cuestión relativa a la identidad presenta una gran actualidad en el dominio de las ciencias, especialmente la psicología de la personalidad, la psicología social, la sociología<sup>25</sup>. Sin embargo, estas aproximaciones no invalidan la aportación de la metafísica que pone su acento en su sentido, en las implicaciones que tiene en nuestra vida y en los propios fundamentos del ser.

Marcel entiende la pregunta por quién soy como un interrogante íntimo y constitutivo desde el que me voy construyendo como persona porque lo que soy no es algo que esté resuelto de una vez para siempre, sino que el hombre, tal como declaró Ortega<sup>26</sup>, además de buscarse la vida biológicamente también lo

<sup>24</sup> Con esta afirmación cuestionamos las palabras de Marcel de Corte cuando dice que la cuestión acerca de qué es el ser remite a otra anterior, se trataría de ¿qué es el hombre? Citado por PECCORINI LETONA, F., *Gabriel Marcel: La razón de ser en la participación*, Juan Flors, Barcelona, 1959, p. 201.

<sup>25</sup> Desde la psicología de la personalidad la identidad es concebida como el principio de organización consciente de la personalidad, lo que uno asume ser y lo que uno elige para singularizarse, mientras que la personalidad abarcaría todos los aspectos que configuran y singularizan la conducta, por tanto, sería más amplia que la identidad. Cfr. MORENO JIMÉNEZ, B., *Psicología de la Personalidad*, Ed. Thomson, Madrid, 2007. Respecto a la psicología social, centrada en el estudio del yo en el mundo social o la relación entre el yo y el mundo social, el autoconcepto sería el equivalente a la identidad.

<sup>26</sup> Cfr. ORTEGA Y GASSET, J., *Meditaciones sobre la técnica*, Alianza, Madrid, 2008.

tiene que hacer metafísicamente<sup>27</sup>. Es en el reconocimiento de la itinerancia<sup>28</sup>, paradójicamente, donde Marcel encuentra el sentido de nuestro ser. Nuestra condición de *homo viator* es el origen de la búsqueda del sentido del ser. De aquí proviene la apreciación marceliana de *creación de la identidad*, teniendo muy en cuenta que cuando Marcel habla de creación no lo está haciendo en un sentido teológico ni tampoco artístico.

Desde esta perspectiva, quién soy es el reto que sostiene todos los retos que se pueda plantear alcanzar un hombre, el que los acaba unificando y dándoles un sentido. La aportación de Marcel a la reflexión metafísica contemporánea se encuentra en su descenso al ser concreto y, a partir de ahí, en su ascenso hacia el vínculo que éste mantiene con lo trascendente desvelando con ello el carácter genuina y estructuralmente intersubjetivo del que goza el yo.

#### EL CUERPO, EJE DE LA IDENTIDAD PERSONAL<sup>29</sup>

Uno de los aspectos clave para Marcel en cuanto a la configuración de la identidad personal se sitúa en el cuerpo, de ahí que el filósofo llegue a decir que es el dato central de la metafísica<sup>30</sup>. Esta escueta afirmación encierra todo el enigma y el misterio que rodea al cuerpo y pone de manifiesto que las cuestiones más apremiantes para los seres humanos, y de un modo especial las relativas al sentido, pasan por el cuerpo, puesto que en él se integran la forma, la expresión, la moral, lo individual, lo social, la naturaleza, la cultura. Más que de cuerpo o corporalidad, Marcel habla de encarnación para exaltar la mayor adecuación del término carne con respecto al de materia en el caso del ser humano. El cuerpo es carne sentida y que siente. Marcel será en este sentido pionero en la reflexión sobre la corporalidad, abriendo una corriente en Francia que será de máxima relevancia en el siglo xx.

El vínculo o el tipo de relación existente entre yo y mi cuerpo fue una de las cuestiones que más interesó a Marcel. Su postura consistió en afirmar la existencia de una *pertenencia creadora* que no constituye una relación de poder, es

<sup>27</sup> Esta idea filosófica de no estar definitivamente hechos se corresponde perfectamente con los planteamientos psicológicos de «aprendizaje a lo largo de la vida» o el proceso de madurez a lo largo de la vida.

<sup>28</sup> Para Zygmunt Bauman una de las características asociadas a la modernidad líquida es la precariedad, que se entiende como la incertidumbre que deriva de la pérdida de confianza en las instituciones y la dificultad para hacer un balance de riesgos en un mundo que cambia de manera muy rápida; la inseguridad a nivel personal que se experimenta en los vínculos que mantenemos con los demás y en la vulnerabilidad que experimentamos respecto a nuestro cuerpo y nuestras posesiones.

<sup>29</sup> La reflexión sobre el cuerpo aparece desarrollada especialmente en el segundo diario metafísico, *Ser y Tener*, donde se muestra ya la ruptura definitiva de Marcel con el idealismo y su paso a la filosofía existencial. Sobre esta relación es interesante el estudio de LAÍN ENTRALGO, P., *Cuerpo y Alma*. En esta obra creemos que Laín Entralgo consigue articular magistralmente tres perspectivas fundamentales sobre el hombre: la científica, la metafísica y la religiosa.

<sup>30</sup> *Ser y Tener*, p. 22.

decir, que el cuerpo no es estrictamente una posesión material del yo. El filósofo dedicará largas meditaciones al interrogante existencial básico que nos plantea el cuerpo: *¿es algo que tengo o es algo que soy?* Lo fundamental de esta dialéctica se encuentra en que existencialmente el cuerpo nos permite establecer una línea divisoria entre mi yo propiamente y lo demás, lo que me es externo y que puedo adquirir gracias a mi cuerpo. En este sentido, el cuerpo hace posible la experiencia del tener.

El vínculo ser-tener adquiere una tremenda actualidad a la luz de la sociedad de consumo, en tanto que éste consiste en un modo de tener por el que me relaciono con las cosas. En la fase actual del capitalismo de consumo la relación con los objetos, incluyendo entre estos el propio cuerpo<sup>31</sup>, no se lleva a cabo sólo desde el tener, sino desde el ser. Actualmente se lleva a cabo un consumo de experiencias, conceptos, estilos de vida, de ahí que se pueda hablar de un consumo experiencial<sup>32</sup>. Lo importante al remitirnos a la situación actual es que el consumo, que en principio es contemplado como una experiencia del tener, ha adquirido un estatus ontológico en tanto que una de las motivaciones básicas que nos mueve a tener cosas y experiencias, es que nos proporcionan identidad. «En la búsqueda de las cosas y las diversiones, el *Homo consumericus*, de manera más o menos consciente, da una respuesta tangible, aunque sea superficial, a la eterna pregunta: ¿quién soy?»<sup>33</sup>. Es, por ejemplo, el caso de las marcas o de los productos saludables, que finalmente adquieren un papel de referente social y de búsqueda de certeza personal.

Nuestra relación actual con el cuerpo y con los objetos no opera a un nivel material, sino conceptual. La sociedad de consumo nos intenta convencer, no de que tenemos cuerpo, sino de que somos el cuerpo. En el proceso de apropiación de nuestro cuerpo no vamos en pos del cuerpo concreto y real que somos, sino que más bien somos movidos por una abstracción en la que se promete el fin de las tensiones que nos procura el cuerpo, pero que no es más que una ficción. El cuerpo real, imperfecto, contradictorio, paradójico, bello en su expresión y no tanto en una línea y forma estáticas, es una amenaza para todo un sistema de consumo articulado en torno a productos que tienen que ver con el cuerpo.

Pero la reflexión en torno a la relación que mantengo con el cuerpo no se queda en lo mencionado. A la luz de los cambios que se han ido produciendo en las últimas décadas con las nuevas tecnologías de la comunicación es relevante que nos remitamos a una nueva experiencia de ser en el mundo donde el yo queda desposeído del cuerpo<sup>34</sup>.

<sup>31</sup> Baudrillard considera que el cuerpo es el objeto de consumo más bello (*La sociedad de consumo*, Siglo XXI, Madrid, 2009).

<sup>32</sup> Cfr. LIPOVETSKY, G., *La felicidad paradójica*, Anagrama, Barcelona, 2007.

<sup>33</sup> *Op. cit.*, p. 40.

<sup>34</sup> Remitimos a la obra del antropólogo y sociólogo francés David Le Breton que aborda la complejidad del mundo social contemporáneo desde la relación que el individuo mantiene con el cuerpo. Algunas de las obras más representativas al respecto son *El adiós al cuerpo* y *Antropología del cuerpo y modernidad*.

## LA INTERSUBJETIVIDAD

Hemos avanzado ya que la de Marcel es una metafísica del nosotros somos y que esta dimensión intersubjetiva se hace presente en el simple análisis de la existencia y con ella, de la corporalidad o encarnación. La existencia es apertura y dicha apertura se hace patente en el cuerpo desde un punto de vista tanto físico como psicológico. Pero cuando Marcel se refiere a la intersubjetividad quiere dar a entender algo más. La idea de intersubjetividad es el concepto más camaleónico de toda su obra. Es aquél al que hay que recurrir se investigue lo que se investigue en el caso de este autor, porque es el concepto desde el que siempre se ofrece la orientación clave para ir despejando incógnitas acerca del ser. La intersubjetividad constituye posiblemente uno de los temas más constantes y recurrentes de Marcel, además de ser su aportación más significativa al conocimiento metafísico del ser y a su visión creadora del mismo.

Las relaciones con los demás ocuparon y preocuparon desde muy temprano a Marcel. Lo que le marcó probablemente, y lo que luego le hizo pensar sobre estos temas fue la experiencia de que nuestra vida y, más que ésta, lo que somos, se edifica en torno a los otros<sup>35</sup>; incluso cuando no están, porque deseamos que estén, o porque creemos, cuando es el caso, que siguen siendo de alguna forma, lo que significa que nos siguen afectando a un nivel profundo porque seguimos contando con ellos, y esto no se puede confundir con un recuerdo, o con una imagen del otro, sino con su presencia. Los demás están siempre presentes en nuestro mundo interior porque hacen posible que éste exista. La presencia del otro es crucial para el desenvolvimiento de lo profundo, de nuestra experiencia de intimidad.

Si lanzáramos una mirada retrospectiva en el estudio de la intersubjetividad podríamos decir que, desde sus primeros escritos hasta los últimos, la cuestión del encuentro con el otro es recurrente. Para ser exactos, es el teatro el que figura como pionero en el desarrollo de esta idea. Marcel apunta dos obras, concretamente, *Le Quatuor en fâdiéze*, que anticipa el tema, y *Le Palais de Sable*.

La aproximación al tema de la intersubjetividad se produce fundamentalmente por dos vías. Una de ellas comienza por la distinción que Marcel establece entre la objetividad y la existencia<sup>35</sup>. El estudio de la existencia es, en efecto, el que nos ayuda a comprender la estructura de nuestra identidad personal, y esta profundización la realiza Marcel teniendo como referente la oposición entre existencia y objeto. La relación entre el sujeto existente y el objeto no es diádica, sino triádica, tal como nos indica Marcel basándose en los análisis de Royce, de donde se sigue que el objeto es un tercero para mí, lo que más adelante Marcel identificará con un *él* con el que no es posible mantener una relación de encuentro, que es la que marca propiamente el nivel de la intersubjetividad.

---

<sup>35</sup> Por eso destacará en el *Journal* que el modo de tratar al otro acaba repercutiendo en el modo de concebirme a mí mismo.

La segunda vía nos remite a la vida religiosa. El 23 de julio del año 1918 Marcel hacía una reflexión en la apuntaba a la idea de la vida espiritual como diálogo, como lugar del tú, y hacía la siguiente apreciación:

«¿Con qué condición emplearé la segunda persona? (...) No me dirijo en segunda persona sino a aquello que considero susceptible de contestar, del modo que sea, aunque esta contestación sea un “silencio inteligente”. Cuando no hay contestación posible, no hay lugar sino para el “él”»<sup>36</sup>.

Gabriel Marcel destacaba ya en el *Journal Métaphysique* que el sujeto de la fe es el ser concreto, no un sujeto general y abstracto.

Además de la estructura abierta de nuestro propio cuerpo, la intersubjetividad se hace patente, al menos, a tres niveles más. Cabría mencionar un nivel ético que emana de la implicación de nuestra voluntad en la relación intersubjetiva y que nos hace disponibles al otro. La disponibilidad consiste en una actitud de apertura a los otros, y hace posible el momento de ejecución de la intersubjetividad que es el encuentro. Si no estoy disponible se bloquea toda posibilidad de encuentro con el otro. El encuentro no es estrictamente el acto de tropezarse o cruzarse con alguien, sin más, sino que hay encuentro cuando se da la apertura por ambas partes y se puede hablar de un nosotros, aunque sea muy someramente. En este nivel ético, que podríamos caracterizar de «amor al prójimo» podemos apreciar los aspectos básicos de la relación intersubjetiva.

Pero, cabe hablar todavía de otro nivel intersubjetivo que es el del amor. No es exactamente igual el encuentro con alguien a quien no conozco y con quien mantengo una conversación haciendo un viaje, que el encuentro con una persona que tiene vínculos estrechos conmigo y con la que mantengo una relación de amor. Sin embargo, el nivel ético se presenta como posibilidad del amor es decir, para amar al otro, en el sentido de mantener una relación de intimidad, es preciso que lo haya mirado primero como un tú.

Y todavía es posible hablar de otro nivel intersubjetivo que es precisamente donde Marcel empezó a indagar el tema de la intersubjetividad, se trata del nivel religioso.

Para Marcel la relación con Dios es encuentro, porque Dios no es una abstracción, sino que es el Tú Absoluto. En este sentido nos advirtió del engaño que se puede esconder tras la palabra «Dios», y por ello dijo que a veces «cuando hablamos de Dios, no es de Dios de quien hablamos»<sup>37</sup>. La relación intersubjetiva con el Tú Absoluto se da en nuestra experiencia porque es propia de nuestra exigencia de trascendencia y de ésta nos dijo Marcel que no suponía una superación de la experiencia, sino una elevación de la misma.

Lo más interesante en el descubrimiento de la posibilidad de diálogo con el Tú Absoluto es que en un principio Marcel se mostraba receptivo ante la experiencia de fe y el testimonio de otras personas, y empieza a interesarse por ella

<sup>36</sup> *Journal Métaphysique*, p. 142.

<sup>37</sup> *Op. cit.*, p. 158.

desde un punto de vista teórico, pero esta situación desembocó finalmente en su conversión y en la consideración de que no es posible reconocer la fe en los demás sin ser tocado por ella.

La mirada al nivel del tú nos revela que el otro es estimado como valor absoluto en tanto que participa en Dios. Es esta conciencia de participación la que nos hace trascender el plano objetivo. A partir de esto se nos plantea un interrogante y es que parece que Marcel afirma que la concepción del otro como un tú requiere de nuestra espiritualidad. Ahora bien, ¿es posible esta espiritualidad al margen de la conciencia religiosa? Y, ¿puede haber conciencia religiosa sin conversión a una religión determinada? La aclaración de esta duda desde el posicionamiento de Marcel no es sencilla. Por una parte él apela a experiencias elevadas en las que el hombre toma conciencia del misterio del ser, y el reconocimiento del valor del otro es una de ellas. De aquí deducimos que habría entonces en nuestra condición metafísica una tendencia al reconocimiento del otro. Sin embargo, en la medida en que Marcel avanza sobre toda esta cuestión, su apelación a la dimensión religiosa y, concretamente, el reconocimiento del dato cristiano, se advierte como crucial. Posiblemente, el intentar establecer una separación rotunda entre lo metafísico y lo religioso en el caso de este autor sea una trampa. Quizás la ambigüedad que se advierte en esta respuesta no sea más que la forma que Marcel tiene de insinuar la complementariedad que entre la esfera religiosa y la metafísica hay con respecto al ser.

#### LA CREACIÓN DE LA IDENTIDAD

Cuando Marcel se refiere a la identidad, entendiéndola en un sentido dinámico, habla propiamente de creación, y aunque podamos adoptar como sinónimo de este término el de configuración o construcción, tiene mucho sentido, especialmente a la luz de los análisis actuales sobre la identidad personal, no perder de vista el concepto originario del autor. Recientemente el profesor Bauman nos presentaba, haciendo un análisis actual sobre esta cuestión, la idea de que somos «artistas de la vida»<sup>38</sup>, y en este sentido somos creadores de nuestra identidad. Vamos a comenzar explorando el concepto de creación en Marcel y luego pasaremos al que nos presenta Bauman a raíz de su análisis social actual. Sin ser excesivamente explícito en cuanto al término, Marcel se sirve de la palabra creación en un modo parecido a como lo hace con la palabra misterio. Ambas tienen una inspiración religiosa, pero no se refieren propiamente a este ámbito. En el caso del misterio el autor lo deja bien claro en su obra *Posición y Aproximación al misterio del Ser*, haciendo explícito que su uso del término no es divino, sino humano. Con la creación ocurre lo mismo. Queda perfectamente aclarado a lo largo de su obra que cuando se sirve de la palabra creador o creadora se refiere a un proceso del que participa el hombre. La creación no es un meca-

<sup>38</sup> Cfr. BAUMAN, Z., *El arte de la vida*, Paidós, Barcelona, 2008.

nismo sin más que ponemos en funcionamiento, sino un don y una llamada en la que se pone en ejercicio nuestra libertad personal. Por ello, dos conceptos absolutamente ligados a la creación son fidelidad y esperanza.

Cuando Marcel habla de fidelidad no se está refiriendo ni primera ni exclusivamente a la fidelidad conyugal, sino a una dimensión espiritual del hombre. Se trata de una actitud necesaria para la supervivencia espiritual. Sin fidelidad a un propósito, a unos valores, no hay coherencia, sino un cambio continuo sin ningún tipo de dirección. La fidelidad no es cuestión de costumbrismo, ni de obstinación. Para Marcel la fidelidad concede concreción y sentido al hecho bruto de la existencia libre, es decir, hace al hombre libre para algo. Por ello la fidelidad es indisoluble del problema metafísico del compromiso. El proceso creador que acompaña a la construcción de mi identidad y que es un proceso de por vida, no es desligable de un compromiso conmigo mismo y con los otros. El arte de crear la identidad en el momento actual constituye más que un acto de creación propiamente, una suma de actos de renovación continua donde el pasado del individuo va siendo borrado de la biografía, que se limita al capítulo puramente presente. Si para crearse uno tenía que ser fiel, en el caso de Marcel, para hacerlo ahora, más bien debe ser infiel a casi todo porque de lo contrario se evaporan las posibilidades de ser alguien nuevo y de ser libre. La idea de la identidad, como advierte Bauman<sup>39</sup>, cambia del paso de una sociedad de la adscripción, donde la persona nace ya con una identidad bastante determinada, a una sociedad individualista en la que la identidad es una cuestión de construcción y de responsabilidad personal. Además, en una sociedad del cambio, la identidad requiere ser montada y desmontada con facilidad. Normalmente, el móvil de esa reinención de yoes no es otro que la insatisfacción, la insuficiencia de felicidad percibida en relación con los modelos que se ofrecen. Pero para que esto sea así es preciso concebir la historia biográfica como dividida en episodios independientes, por ello, los proyectos que persiguen continuidad son un obstáculo para la reinención. De manera que para este nuevo modelo de identidad la fidelidad y el compromiso hacia uno mismo se convierten en meras palabras a las que se puede hacer corresponder la experiencia hueca de un cambio continuo. Es posible matizar el análisis que Bauman realiza acerca de la movilidad identitaria actual en el sentido de que es también un mecanismo de adaptación a un mundo que cambia rápidamente y ante el cual la capacidad de ser flexibles se convierte en un salvavidas.

A modo de conclusión cabe destacar la vigencia del tema de la identidad personal y la necesidad de su planteamiento desde una postura interdisciplinar. A nivel filosófico-metafísico, y partiendo de autores como Marcel, es pertinente reconocer que se trata del problema último de todo ser humano y, en este sentido, una reflexión con aspiración de profundidad se hace imprescindible. El tema cuenta con un trasfondo ético, porque es también la cuestión de la libertad y la felicidad la que plantea en última instancia. Y, por supuesto, presenta una dimensión sociológica, porque el juego de interacciones que conforman

<sup>39</sup> Cfr. *op. cit.*

nuestra vida matizan nuestra propia identidad, y porque la sociedad de pertenencia y de referencia salpica de un modo irrefutable nuestro modo de entendernos y las aspiraciones que nos planteamos. En este sentido, los discursos filosófico y sociológico se retroalimentan y se necesitan mutuamente.

El individualismo que caracteriza la sociedad actual convierte en asunto de portada el tema de la identidad personal por las nuevas posibilidades que se ofrecen para configurar la vida. En este sentido, ahora se goza de una libertad de auto-creación desconocida hasta entonces en la historia, porque hemos consolidado un proceso de independencia de las referencias sociales sólidas que tradicionalmente marcaban de forma intensa muchas pautas de la vida, pero al mismo tiempo, las posibilidades que se ofrecen se experimentan como inciertas porque se carece de puntos de orientación que resulten fiables<sup>40</sup>. Estamos también expuestos a una sobreestimulación feroz, al contacto con una realidad cada vez más amplia que hace muy compleja la tarea de la libertad. Para mantener nuestra soberanía y no dejarnos engullir por una marea estimular tan abrumadora, es preciso adoptar un juicio existencial desde el que vivamos con propiedad nuestra vida<sup>41</sup>.

A su vez, no cabe perder de vista que esto tiene lugar bajo el telón de fondo de la sociedad de consumo en la que la experiencia de ser constituye a la vez una forma de supervivencia y de adaptación a un entorno complejo, repleto de variedades dispuestas para ser consumidas con la recompensa ilusoria de la felicidad<sup>42</sup>, y donde la propia identidad y su configuración se convierten en objeto de marketing.

Actualmente se hace pertinente una profundización metafísica de la vida para no quedarnos en un plano puramente instrumental, a base de recetas y de indicaciones, y también de un conocimiento afinado de las condiciones y reglas del juego de la sociedad en la que habitamos. Ambos elementos harán posible, no la solución rápida de todos nuestros problemas, pero sí un planteamiento de las preguntas adecuadas para movilizar nuestros esfuerzos y nuestras acciones con mayor sentido.

Universidad Católica de San Antonio  
Guadalupe (Murcia)  
bblesa@ucam.edu

BELÉN BLESA ALEDO

[Artículo aprobado para publicación en diciembre de 2011]

<sup>40</sup> Cfr. BAUMAN, Z., *Mundo consumo*, Paidós, Barcelona, 2010.

<sup>41</sup> SAFRANSKI, R., *¿Cuánta globalización podemos soportar?*, Tusquets, Barcelona, 2004, pp. 80-82 y 118.

<sup>42</sup> Bauman identifica dos vías en la búsqueda de la felicidad, la centrípeta, que tiende al propio centro y encarna la moral individualista, y la centrífuga, que es expansiva, que cuenta con la virtud de ser al mismo tiempo centrípeta, pero tiene como referente al otro. Nietzsche sería un exponente de la primera vía y Lèvinas de la segunda (*op. cit.*).

